

Evolución psicológica de Alberto y El Jaguar a la luz del desenlace final de *La ciudad y los perros*.

Alberto Fernández es El Poeta, un adolescente de familia burguesa y desestructurada por las continuas infidelidades del padre; éste interna a su hijo en el Leoncio Prado, el colegio militar que será el escenario principal de la novela.

El Jaguar, del cual nunca sabremos más que el apodo, en otro de los muchos ocultamientos de esta novela, la mayoría de los cuales se nos van desentrañando a medida que avanzan sus páginas, es un muchacho marginal, un ladronzuelo que ayuda a la banda de su amigo el flaco Higuera colándose en las casas para facilitar la entrada a la banda. La calle y la falta de cariño desde pequeño forjarán un carácter indómito y violento que lo llevará ser un líder admirado por sus compañeros en el colegio militar.

Alberto, a su manera, también tiene madera de líder, nos lo demuestra cuando quiere ser él el que decida los itinerarios de su pandilla juvenil del barrio limeño. También demuestra su carácter rebelde al negarse a pedirle dinero al padre, porque sabe que se lo dará para lavar las culpas que le inflige cada día a su madre y, para Alberto, sería una complicidad. También se resiste a la dominación de El Jaguar, con el que acabará enfrentándose.

El Leoncio Prado crea la atmósfera adecuada para la catarsis final que desencadenará el asesinato de Cava. Un ambiente de férrea disciplina, que llega los castigos físicos y las humillaciones, pero a la vez de relajación, lo que permite la existencia dentro de sus límites del cuchitril de Paulino, El Injerto, donde se emborrachan y se llevan a cabo prácticas homosexuales ante los ojos ávidos del dueño. Humillaciones severas en un ambiente de deshumanización, hasta el punto de llamar *perros* a los cadetes de primer curso, que prestarán su nombre al título de la obra. Relajación en la convivencia de El Boa con la perra Malpapeada, que duerme en su cama, y en la existencia de timbas y de botellas de licor en todas las taquillas.

Este ambiente equívoco y algo truculento ve surgir El Círculo, una especie de hermandad donde El Jaguar impone su ley y de la que Alberto se mantiene distante. Es el caldo de cultivo perfecto para la tragedia y para una evolución psicológica de los personajes principales, que entran siendo poco más que niños y salen transformados, aunque de formas muy distintas.

Alberto y El Jaguar parten de posiciones opuestas, pero sus trayectorias se van aproximando hasta su enfrentamiento por la muerte de Cava y la delación de El Poeta

ante el teniente Gamboa, el único de los jefes militares que pueblan el universo del Leoncio Prado que mantiene una actitud de respeto sin fisuras a la ley y las ordenanzas. Figura pseudopaternal para dos muchachos que han carecido de padre de una u otra forma, ambos lo respetan y ambos acudirán a él para sus trascendentes confesiones.

El primer acto de la catarsis es el robo de los exámenes de química por Cava a mandato de El Jaguar. El ladrón es sorprendido por Ricardo Arana, El Esclavo, cuando volvía de robarlos. Se lo callará, pero cuando lleva varias semanas sin salir del colegio y ante la perspectiva de no poder ver a Teresa, con la que estaba obsesionado, delatará a su compañero.

Tras la delación, vemos al Jaguar obnubilado por un falso código del honor que había alimentado el asfixiante ambiente del Círculo.

El esclavo resulta muerto de un tiro en la cabeza, que recibe en unas maniobras militares, aparentemente por su propio descuido, pero éste es otro de los episodios que no quedan aclarados en la novela.

Alberto, que había mantenido una posición de despego hacia casi todo y casi todos, tras una conversación con Ricardo en la que lo exhorta a defenderse de las humillaciones con las que le hacen la vida imposible, lo ayuda a robar un sacón y parece compadecerse de la miserable existencia de El Esclavo: “Quiere ser mi amigo”, dirá de Arana, casi con ternura.

En eso estaba Alberto, cuando se produce la muerte del Esclavo, esta tragedia y su propio complejo de culpa por haberle robado a Teresa al ir a entregarle las cartas que él mismo, como un Cirano juvenil, había escrito para ella, por encargo de Ricardo, despierta su conciencia y decide contarle a Gamboa todo lo que sabía del colegio y su sospecha de que Cava había muerto asesinado.

El Jaguar, por su parte, tras la pelea bestial con El Poeta en los calabozos, y el desprecio de sus compañeros, que lo consideran el delator y detonante de los registros y castigos, se siente asqueado y fatalista. También se siente culpable por el destierro de Gamboa, al que admira en el fondo. Cuando éste sale del colegio por última vez, El Jaguar le entrega un papel con su confesión, una confesión a la que lo empuja la fatalidad. “Cúmplase el destino que todos me auguraban”, dirá el antiguo ladronzuelo. Pero Gamboa lo rechaza, pues también se siente superado por una burocracia militar en la que lo importante es tapar los crímenes y evitar la propaganda negativa, antes que castigar a los culpables y admitir todos los errores que se habían cometido en el Leoncio Prado.

Tras el cruce de caminos donde chocan Alberto y El Jaguar, cada uno irá a buscar su destino.

Alberto, descargada su conciencia y quizá desengañado por su inútil confesión, retorna a su pandilla de burgueses. Tras ciertas dudas, olvida a Teresa, y nos confiesa, en una involución final, que se hará ingeniero en Estados Unidos y tendrá dinero, posición y muchas amantes, como su padre, al que detestaba.

En cambio El Jaguar, tras hacer pedacitos su confesión y salir del Leoncio Prado, se regenera casándose con Teresa, que había sido su amor secreto juvenil —otro enredo más de la madeja en la que nos envuelve Vargas Llosa—, y se hace un respetable empleado de banca, que vive con su esposa y una vieja y malhumorada tía de ésta, que hace las veces de suegra y a la que el antiguo matón callejero acepta de buen grado en un último y definitivo gesto de mansedumbre.

Manuel Berriatúa